

**EL CASO DE LA MITAD DE UN BILLETE DE
VEINTE DUROS**

David Monthiel

La Cabiria no iba a cumplir ya más ochenta. Y nunca sabría de donde le vino el mote porque la última película que recuerda haber visto fue una que salía, guapísimo, Burt Lancaster en bañador. Y chiflaba la platea del cine Gaditano con la única secuencia en que la censura había respetado un beso con lengua. Ella era más de la copla: “En el café de Levante, entre palmas y alegrías, cantaba la zarzamora”. El Levante era ahora un local de moda en la calle Rosario, donde había más fotos de escritores que de vedettes. La Cabiria caía por allí casi todas las tardes y pedía un machaquito. Se lo tomaba de un trago, al coletito. Y pasaba las horas muertas viendo trasegar a erasmus y a perroflautas, a jipijipos y a bohemios de toda suerte, incluso algunos ya entrado en canas a los que recordaba haber desbravado en sus buenos tiempos de la Cueva del Pájaro Azul, del Salón Moderno o del Pay Pay.

Una vez vino un periodista a preguntarle por la Lirio. Ella le miró de arriba abajo y le espetó, con una cierta coquetería: “Yo ya no tengo edad, como canta María Dolores Pradera. Pero tampoco tengo siglo y medio. Cuando yo nací, la Bizcocha ya había cerrado el café, chufla”. Ni se había mordido jamás la lengua ni había estudiado en San Felipe. Cualquiera imaginaba la retahíla de insultos y maldiciones que podía ganarse a poco que se le torciera el gesto a aquella anciana de ojos claros, que guardaba un secreto y la mitad de un billete de cien pesetas en su monedero.

La otra mitad se la puso aquella tarde encima de la mesa aquel vejstorio que trabajaba hace un mundo en el Diario y que, cuando todavía vivía Franco y no había frecuencia modulada, vino a preguntarle por la Zarzamora: “Cuéntame, Caribiria, la historia de aquella copla”. “Tú la conociste, me han dicho”. Ella se reviró y le espetó su frase favorita: “Yo no traigo ni llevo chismes. Ni soy una chivata”.

—Te pagaré veinte duros.

—Te los metes por donde meas.

Fue entonces cuando le puso el billete sobre la mesa del Café Español: “Cien pesetas. Abí las tienes”. Ella, parsimoniosa como una estrella del Moulin Rouge, se limitó a partir a Julio Romero de Torres por la mitad. Guardó la suya y le pidió al recién llegado que hiciera lo mismo con la otra.

—Prueba a buscarme dentro de treinta años con esa contraseña. Entonces te contaré todo lo que recuerde de mi madre.

Bechiarelli, detective de Cádiz —con todo lo que eso suponía—, había escuchado enfrascado en un silencio de psicoanalista lacaniano la literaria exposición de aquel patilludo con gafas. No esperaba que el encuentro con el autor de *Asesinato en Playa Capribo*, la novela negra del Carnaval, se fuera a producir así, en aquel local de humedades de la calle Bendición de Dios que llamaba oficina. Había imaginado que el encuentro sería fruto del azar de las calles de Cádiz. O propiciado por el difunto Pepe Fosotti.

—Eso es lo que me contó Fosotti antes de palmarla y de darme el billete.

—Era una enciclopedia de Cádiz, el pobre. ¿Qué quieres que haga?

—Tú le enseñas el billete y que te cuente. Luego me lo explicas y yo escribo un relato de pelotazo que va a ganar el concurso del Café de Levante. Cincuenta pavos. ¿Qué?

—O sea que me lo subcontratas.

—No, hombre, fomento la economía local.

—¿Los escritores no hacen trabajo de campo?

—Estoy hasta arriba escribiendo una novela romántica en el Cádiz fenicio.

Bechiarelli pensó que el escritor estaba fatal de la cabeza. Con la de cosas buenas que hay para escribir, se dijo. Como una mañana de un vendedor ilegal de *pescao* en una esquina.

—¿Me vas a dar la mitad de un billete de cincuenta euros ahora?

—Cuando tengas la historia. Se va a titular “La *Rubus ulmifolius*”.

—¿*Eso-qué-carajo-é?*

—La zarzamora, según la nombraba Columela.

Bechiarelli recibió el sobado trozo de papel moneda.

—Vente mañana.

Cuando el patilludo se encaminaba a la puerta de la oficina, Bechiarelli se animó.

—Me leí *Asesinato en playa Capricho*.

—¿Te gustó?

—Muchos personajes. Reconocibles todos.

Ya solo, se colocó un cigarro liado en los labios.

—Macafly.

Las volutas de humo preñado de THC le trajeron las historias sobre La Cabiria de su abuela, Angelita La Papona. Recordó con vaguedad que alguien del carnaval le había dedicado un pasodoble. Llamó a El Purri, negro del carnaval y dueño de una monstruosa colección de libretos.

—¿Qué pasa, *Rafae?*

—Purri, picha, una pregunta.

—A ver: pones los *burgaillos* en el agua fría, la sal y cuando hierva, siete minutos.

—Que no, picha, que no es eso.

—¿Son gambas? —dijo El Purri entusiasmado.

—Es sobre La Cabiria.

El Purri cantó al otro lado del teléfono.

—*Algo tendrá La Cabiria pa que un poeta la lllore.*

—¿Qué sabes de ella?

—Lo que sabe *to* el mundo. Cuentos. ¿Por?

—Tengo un *chapiú*. Viejas historias.

—Aquí todas las historias son viejas, *Rafaé*.

Con la urgencia que da la necesidad de quitarse cuanto antes el marrón, salió de la oficina y enfiló la ratonera de calles del Casco Antiguo. La tarde era un rumor de estorninos. Llegó al Café de Levante. Se tomó una cerveza de merienda. Esperó.

Cuando fumaba en el callejón de San Andrés, apareció La Cabiria. Pidió un descafeinado y se puso a charlar con la camarera, que le colocó dos litros de leche en la barra. La Cabiria los guardó en un bolso sin fondo. Bechiarelli la abordó cuando salía.

—Señora. Soy Rafael, el nieto de la Papona.

—¿Angelita La Papona?

Los archivos de caras conocidas de La Cabiria se pusieron a funcionar. Bechiarelli le puso el billete sobre las manos.

—Cuénteme lo de La Zarzamora.

—Pepe se ha muerto —suspiró y observó el papel moneda—. Pídeme un machaquito, anda.

Cuando entró en el Levante de nuevo, Bechiarelli se lamentó por dejarle hueco a la vieja para que se *guannajara*. Adiós a los cincuenta pavos. Pero La Cabiria lo esperaba en la esquina con una sonrisa triste como si quisiera acabar la historia. El detective preparó su memoria para almacenar una historia del submundo de la copla.

—Mira, hijo: mi *mare* no fue la Zarzamora ni *ná*.

La perplejidad de Bechiarelli ocupó toda la calle Rosario. Ella se echó al coletto el anís.

—Le metí el trolazo a Fosotti *pa* que me dejara en paz.

—¿Todo es una trola?

—Todo-todo.

La Cabiria hizo papelillos el billete.

—¿Y La Lirio? ¿Esa quién es?

—*Vete-ar-carajo*.

Contrariado ante la desnuda verdad de los hechos y la *malaje* que la vieja fue despachando hasta llegar a los gritos y los insultos, se piró. ¿Un relato de pelotazo? Sólo

tenía el *cobazo* que le habían dado a un periodista hacía treinta años. Pobre Fosotti. Adiós a los cincuenta pavos.

Al día siguiente, el patilludo apareció en la puerta de la oficina. Bechiarelli suspiró como si pretendiera apagar todos los cirios de un paso.

—¿Qué tiene la Zarzamora que a todas horas llora que llora por los rincones?

El escritor perdió tres puntos en la ficha que Bechiarelli llevaba mentalmente de la gente que se hacía el gracioso sin éxito. Colocó una grabadora frente al detective, que no lo dudó ni un segundo.

—La vieja vio el billete y lloró. Un dramón del quince. La Zarzamora fue una vicetiple de segunda de la crónica sentimental de España y toda aquella mitología: *se estaba viva y no todas podían decir lo mismo*. En Madrid tenía fama de pegarse *pepitasos* con las amigas, como decía Lola Flores. Por lo visto se enamoró de una niña bien: la mujer que la buscaba en el Levante. Pero no cuajó. Rafael de León la quería mucho y le escribió una letra cuando la vio *destrozá*. Todo está ahí. Lo del hielo: su frigidez, su burla de los hombres, el saber del querer desgraciado. ¿Qué tiene la Zarzamora? Pena, rechazo, lo que es vivir *escondía*. Cansada de su fama se casó con un tío desagradable que paraba por El Levante y que sí que le ponía los ojos como moras. Tuvo una niña al *ná* de casarse, La Cabiria. Una noche que el *marío* dormía la mona, se fue con la niña. Después de muchas vueltas acabó en Cádiz. Trabajó en los peores bares de Plocia buscando marineros. Bares que no eran como Los Delfines ahora, tú me entiendes. Se lió con La Lirio, una gallega con muchos cojones. Cuando se ponían ciegas formaban el escándalo y La Lirio le zurraba tela. Se llevaron mucho tiempo así. Cuando la gallega la dejó por La Bizcocha, la Zarzamora se hundió en el Savin. Perdió la cabeza y acabó en la calle *tirá*. Menos mal que la niña se quedó *recogía* con dos *mariquitas* del Pópulo. Un día se tiró al tren en San Severiano, la pobre mía. ¿Contento?

El patilludo no dijo nada.

—Venga, *arria* la *caraná*.